

ATLÁNTIDA_AbrilValdivieso

Abril Valdivieso Carrillo

Image not found.

Capítulo 1

Abril Valdivieso Carrillo

A 21 de enero de 2227,

Me llamo Atlántida, tengo 18 años y vivo en una sociedad sin ilusión y sin la capacidad de imaginarse que será de nuestro futuro. Cualquier ilusión que pudiera sentirse o manifestarse se esfumó ya hace mucho tiempo. Os contaré, según lo que yo sé, cómo empezó todo.

Hace unos cien años y pico, hacia el 2100 más o menos, España se sumió en una gran crisis, no solo económica, sino también política, social y de pensamiento. En las clases de historia no nos hablan mucho de la «Gran Crisis», creo que lo ocurrido a finales del siglo XXI, principios del siglo XXII se quiere borrar por completo. Parece ser que los políticos no supieron hacer frente a la avalancha de problemas que asoló España. La corrupción era la reina del ámbito político a finales del siglo XXI y la honradez agonizaba cada vez más y más.

No sé si aquel caos fue semejante a la crisis esa del 1929, ya hace casi 300 años, 298, para ser más exactos. Según mi abuelo, la crisis de 1929 fue un antes y un después para el mundo. Pues la «Gran Crisis» de España también fue un antes y un después para nuestro país. Los españoles empezaron a perder la ilusión en alguien que los sacara de la situación en la que estaban viviendo y los que aún la tenían y se imaginaban un futuro mejor acabaron decepcionados.

Los políticos de nuestro país llegaron a la conclusión que la ilusión solo conllevaba sufrimiento, que la gente vivía mejor sin pensar en el futuro, sin pensar en todo lo que podía ocurrir, sin ilusión ni imaginación los españoles estarían más calmados, dejarían a un lado las preocupaciones ya que solo pensarían en el presente, despreocupándose por su futuro. Supuestamente la falta de ilusión nos protegería, o eso quería el Gobierno, autoprotgerse. Si nadie tenía ilusión, nadie querría cambiar el futuro ni se atrevería a luchar contra el sistema corrupto que oprimía a los españoles de aquellos tiempos.

Por lo tanto, en 2101 se decidió «para la protección de todos los futuros ciudadanos españoles» (supuestamente) eliminar la ilusión del cerebro humano tan solo al nacer. Comunicaron esta decisión a todos los hospitales de España y les obligaron a hacer un juramento de confidencialidad: lo que se iba a llevar a cabo no podía hacerse público.

A partir del 1 de enero de 2102 a todo bebé que nacía se le inyectaba en la sien izquierda un producto químico, el leptotoxígeno H204, que anulaba la capacidad cerebral de producir la llamada ilusión y la capacidad

de imaginarnos nuestro futuro. Esto provocaba que una mínima parte de nuestro cerebro dejara de funcionar.

No sé explicar bien cómo es este proceso y cómo se llegó a él, nadie jamás explica qué pasó en aquellos sombríos años, parece que nadie sabe nada. Toda la información que tengo sobre lo que ocurrió durante 1101 y 1102 es gracias a mi abuelo. Mi familia paterna ha sido, desde ya hace muchas generaciones, una familia Valdivieso Carrillo de enfermeros y celadores y por eso albergamos levemente el secreto de poder saber con muy poquitos detalles qué pasó en los hospitales españoles de principios del siglo XXII.

Desde aquel entonces, generación tras generación se ha ido repitiendo el mismo proceso sin que los españoles se dieran cuenta de lo que les estaba ocurriendo, y los que sabían lo que hacían no cuestionaban el porqué, simplemente lo hacían. Otra minoría que sabía lo que ocurría se mantenía al margen porque no podían hacer nada para evitarlo, además de que no veían la necesidad de evitar «el proceso» (así llamaban y llaman a la barbaridad que se sigue haciendo), si habían vivido tantos años así y eran «felices», ¿por qué cambiar? (En esta minoría estaba mi familia, simples enfermeros, sin maldad, que veían «el proceso» como algo normal y solo acataban normas).

Nadie se daba cuenta de lo que pasaba, de la atrocidad que se llevaba cometiendo desde ya hacía un siglo y pico. Tras tantos años, ya no se sabe la diferencia entre una vida con ilusión y una vida sin ella. La gente estaba engañada, y de hecho, todavía lo está. Todos creen que son felices pero en realidad no lo son, yo sé que no lo son. Yo soy diferente, yo sí que me doy cuenta de lo que estamos viviendo.

Para conseguir el efecto deseado, el lepeno caorístico tiene que ser introducido en el cerebro del bebé inmediatamente al nacer, en los primeros cuarenta segundos tras haber salido al exterior. Si se superan esos cuarenta segundos se pierde toda la efectividad de este producto químico. Uno tras otro, uno tras otro... En cada niño que nacía se realizaba la misma operación. Pero si en algún caso se aplica el lepeno un segundo más tarde de esos cuarenta de margen, entonces, ese bebé es diferente, extraño, ese bebé nace con ilusión. Y eso me pasó a mí, yo fui uno de esos bebés.

Durante el embarazo mi madre sufrió muchas complicaciones, había riesgos de que yo naciera muerta pero mi madre no se rindió y siguió adelante con el embarazo. Entonces, tal como se había previsto, nací sin respirar, aparentemente muerta, mi corazóncito no latía. Mediante un prolongado masaje cardíaco consiguieron avivar mi corazón. Estaba viva, comencé a respirar e inmediatamente me puse a llorar (así me ha contado

mi madre que ocurrió).

Para mi madre, oírme llorar fue una de las sensaciones más dulces que ha sentido jamás, para los médicos no creo que lo fuera, más bien sería agri dulce. Comencé a respirar a los 54 segundos de nacer, al darme por muerta no me inyectaron el lepto, y cuando comencé a vivir ya era tarde, ya habían pasado 14 segundos de esos cuarenta que existen de margen. Ya no se podía hacer nada, había nacido diferente, durante el resto de mi vida iba a ser diferente, iba a ser una «ilusionada», una niña con ilusión.

La falta de oxígeno al cerebro durante esos 54 segundos no tuvieron repercusión en mí gracias al mes que tuve que estar en el hospital enchufada a distintas máquinas. En cuanto salí del hospital y conforme me brili Valdivieso Carrillo pasaban los primeros años de mi vida crecí como una niña normal y corriente, o así me pensé yo que era, normal, como todos los niños de mi edad. Pero no resultó ser así.

Siempre he sido una niña muy alegre, con grandes expectativas para mi vida, desde pequeña tuve el deseo de convertirme en una abogada de renombre para poder defender a los inocentes y poder evitar algunas de las tantas injusticias que se cometen a diario. Siempre soñé con recorrerme todo el planeta Tierra, conocer personas y culturas totalmente distintas a las que yo estaba acostumbrada. Mi vida siempre se ha basado en ilusiones y en objetivos que cumplir.

Me fui dando cuenta que era diferente a los niños que me rodeaban, niños que no soñaban con ser astronautas, policías, futbolistas, bailarinas, actrices... Simplemente no se replanteaban qué iban a ser de mayores, no soñaban despiertos, eran niños sin miras al futuro que les esperaba. Cuando llegaron los últimos años de instituto, todos mis compañeros elegían lo que iban a estudiar y a lo que se iban a dedicar según las preferencias de sus padres, según los intereses económicos (si esa profesión les proporcionarían más o menos dinero) y según la posibilidad de encontrar un trabajo que te garantice vivir bien económicamente. Los gustos propios y la ilusión por dedicarte el resto de tu vida a algo que en realidad a veces no existían. Cada vez que les aconsejaba que reflexionaran sobre qué es lo que querían hacer para que ellos mismos fueran felices, qué deseaban hacer con su vida, me decían que me dejara de tonterías, que en la vida hay que ser prácticos, no simples ilusos.

No entendía el porqué de tantas diferencias, ¿por qué yo no era como ellos?, ¿por qué yo me empeñaba en pensar en un futuro feliz para mí?, ¿por qué me levantaba cada día con la ilusión de cumplir mis objetivos? Hace un año le expresé a mi padre mi inquietud: por qué era yo tan distinta, por qué no era yo como el resto de personas o ellos como yo, qué podría pasar... Entonces, desde aquel día pude entenderlo todo, empecé a encontrar respuestas a mis inquietantes preguntas. Mi

padre me explicó que «la rara» era yo, yoera distinta a todos los demás solo por el hecho de no haberme inyectado el lepento caorístico.

No sé cuántos hay como yo pero según mi padre y mi abuelo no es nada común. Y si nace un«ilusionado» se intenta ocultar, como fue en mi caso. Parece que tener ilusión es un defecto que ya fue superado hace más de cien años.

Cuando me enteré que era distinta, con un cerebro totalmente diferente al del resto de la sociedad, no supe si alegrarme, aterrorizarme o preocuparme. Más bien creo que albergué los tres sentimientos a la vez.

Me alegré porque tenía el privilegio de sentir ilusión y de que mi cerebro no estuviera modificado, sentí miedo por ser la única que se podía ilusionar, me invadió el miedo al hombre, el miedo a ser tan diferente, ¿y si alguien se diera cuenta?, ¿qué pasaría?, ¿cómo me verían?, ¿como una enferma? Y también me bril Valdívieso Carrillo preocupé, toda la sociedad española estaba engañada, los estaban manipulando y no eran capaces de darse cuenta. Con la preocupación vino añadida la pena, pensar que mi familia, mis amigos, la gente que merodea, la gente que veo en la calle y todos los españoles nunca podrán sentir lo que yo siento, la felicidad de mirar al futuro con buenas expectativas, simplemente ilusionarse con pequeños detalles, con pequeños planes, etc. Todo esto me entristecía mucho. Además, cuando pensaba que yo era consciente y que sabía todo lo que estaba ocurriendo sin poder hacer nada para evitarlo ni cambiarlo la angustia me comía por dentro.

Ahora el sentimiento de impotencia es superior a mí, le doy mil vueltas a la cabeza y sigo sin saber qué puedo hacer. De hecho, creo que no puedo hacer nada contra esta situación. La vida real no es como una de esas películas en la que una chica se enfrenta incluso al adversario más poderoso salvando así a toda la sociedad del yugo al que estaba sometida y se acaba convirtiendo en una heroína. Yo no puedo hacer eso, por lo menos no yo sola. No puedo eliminar una atrocidad que se lleva cometiendo desde hace ya tanto tiempo, no puedo luchar contra toda la sociedad. Me veo incapaz, y lo soy, de cambiar la España que merodea. ¿Quién soy yo para hacerlo?, ¿qué poder tiene una chica de 18 años en una sociedad controlada desde hace cien años? No puedo, yo sola no puedo.

Por eso escribo hoy esta carta, para pedir ayuda.

No me importa que actualmente nuestra capacidad cerebral haya alcanzado un 56%, ni que podamos dominar el húngaro en tan solo cuatro meses, ni que un niño con 3 años y medio pueda resolver una ecuación de tercer grado. Todo esto está muy bien pero yo quiero que nos devuelvan

nuestra ilusión.

Quiero una España cambiada. No quiero solo una España inteligente, responsable y excesivamente preocupada por el trabajo, quiero una España ilusionada, una España feliz, que piense en el futuro y lo mire con una sonrisa. Quiero una vida con sentido para todos los españoles.

No sé si los que leáis esta carta me creeréis pero España necesita una ayuda urgente y yo os la estoy pidiendo.

Mandaré una copia de esta carta a cada uno de los países de Europa, a las embajadas españolas. No sé qué consecuencias tendrá esto que estoy haciendo, ni qué pasará si descubren que os estoy informando de lo que está ocurriendo. No me importa si corro peligro. Quien no arriesga no gana. Continuaré escribiendo cartas una y otra vez hasta que alguien investigue que está pasando en mi país y pase a la acción.

Por favor, que alguien saque a España de la caverna en la que estamos viviendo, necesitamos ver la luz.

Venid a rescatarnos.

Necesitamos ayuda. Por favor, no nos olvidéis.

Atlántida